

LA TRIUNFADORA

Nunca pensó que un gato la ayudara a hacerse famosa, y sí, ya lo era. En la calle la detenía la gente para que le firmara autógrafos, los productores la llamaban para diferentes programas de radio y televisión, ya había firmado un contrato para hacer una película ni más ni menos que con el famoso actor español Banderas. ¿Qué más podía pedirle a la vida? Sus padres y demás familiares estaban orgullosos de ella. Pero había un pero, algo que jamás puede faltar, un pero insignificante ante el amplio panorama que se le presentaba enfrente. El pero era Juan Cristóbal, su novio. Desde el principio estuvo en contra de que dejara sus estudios para dedicarse a una actividad pública y más ahora que ella era conocida de todo el mundo. Le hacía escenas de celos en las tiendas, en los restaurantes y ni que se diga en los estudios de televisión. Conclusión: tenía que terminar con él. Y terminó. Claro que terminó. ¿Acaso no estaba rodeada de pretendientes guapos, ricos? Pedirles además que fueran cultos o inteligentes ya era pedirle peras al olmo. Ella se contentaba con lo de guapos y ricos. Juan Cristóbal no se quedó paralizado cuando lo cortaron de fea manera. Ella le dijo: ya no me interesas, así que good bye, darling. Buscó otra novia para darle celos a Celeste, que así se llama nuestra protagonista. Eso es lo que ella piensa, que ella lo es, aunque lo cierto que el protagonista es el gato, que no se les olvide. Cuando Celeste se enteró de lo del ex nomás se rió. Cero celos. Y eso puso furioso a Juan Cristóbal que le hizo la última escena de su vida: en pleno pasillo de televisa, con las cámaras afocando a Celeste que posaba para un promocional, se acercó, le reclamó y le dio una fuerte cachetada. Celeste, a la que no le dolió tanto, hizo un escándalo de antología, se tiró al suelo como los jugadores de

futball, gritó, lloró, llamó a la policía, a quien quisiera ayudarla. ¡Help, Help!, gritaba, pues estaba aprendiendo inglés para poder irse a vivir a Miami, lugar donde se van todos los famosos y ella ya lo era. Vinieron los guardias. Celeste acusó a Juan Cristóbal del golpe, de insultos y de acoso sexual. Ahora el hombre está en la cárcel. Y ahí permanecerá mucho tiempo pues el abogado de la empresa es uno de los pretendientes de la bella mujer. A partir de este desagradable suceso para ella todo fue pan sobre miel, no, así no va el dicho, miel sobre pan, creo que tampoco. El Alzheimer ya me está aplastando. Pero sigamos pues creo que todos entenderán que quise decir que todo funcionaba maravillosamente para esta mujer, a la que no he descrito: alta, blanca, de ojos oscuros, de largas y bien torneadas piernas, de busto no grande pero suficiente y firme, de nalgas redondas pero no exageradas. Una belleza en todo su esplendor era ella. Y esta belleza aumentaba al moverse, al bailar. Todo ella era ritmo y movimiento sensual. Al verla bailar todos decían, qué elegancia, qué belleza, que armonía, qué compás. Y el baile es el que la hizo famosa. Como actriz estaba más bien verde aunque ella juraba que se iba a meter a todas las academias posibles para aprender, sobre todo a la de televisa. Su voz no era muy agradable que digamos pero eso también tenía remedio. Ahora que había ganado el premio principal ya tenía dinero para aprender lo que se le antojara, y no sólo en México, podía ir a estudiar a Estados Unidos, a Europa. Pero antes de todo esto tenía que pagar una deuda, una deuda de honor que son las que no se perdonan nunca. Tenía que darle algo al gato que la hizo triunfar, algo que ella amara más que a nada. Y lo que más amaba era a su perrita pequinés, la Chatis. No, eso jamás, se decía cada vez que recordaba su promesa. Le puedo llevar la mejor carne del mundo, le puedo comprar collares con piedras preciosas o una jaula de lujo para que viva contento. Pero mi perrito no. ¡Dios mío, por qué me puse a prometer esto! Y si le digo que lo

que más amo es a una paloma y que ahí se la llevo para que se la coma. No, sería engañarme a mí misma. Yo prometí darle lo que más amo y lo tengo que hacer. Recordó el concurso de baile de la tele. Ella se inscribió diciendo que lo hacía para ganar y con el dinero poder poner una escuelita en Acámbaro pues lo que más amaba era ayudar a los niños pobres. Claro que no conocía ni Acámbaro ni le importaban los niños. Ella quería que la vieran. Y la vieron, la vieron millones de gentes que la aclamaron, que dieron dinero para que ella fuera la triunfadora. La última etapa, la decisiva, iba a ser muy reñida. La pareja que le seguía en popularidad había escogido un tango, el tango Volver. De seguro lo iban a hacer muy bien. Ella pensó en el mambo, en el cha cha chá, en la cumbia. Pero todos esos ya estaban muy vistos. Recordó que su madre de ascendencia española le hablaba del paso doble, de lo alegre de esta pieza, de lo que podía lucirse con ella. Y sí, dijo ella, eso es lo que necesito. Me voy a mandar hacer un vestido de lunares muy apretado, la tela blanca, los lunares rojos. Y se puso a estudiar los pasos del baile español y para su sorpresa lo dominaba mejor que cualquier otro baile. Qué salero para bailar le decían todos los que veían sus ensayos. Ahora faltaba escoger el paso doble. Escuchó España Cañí, Silverio y muchos otros, pero el que realmente le fascino fue El Gato Montés. Era lo máximo. Si gano, gatito mío, te doy lo que más quieras. Y ganó, ganó por mucho sobre los demás. Le dieron los millones de pesos que prometieron los patrocinadores del programa y ahora...¡Ahora tenía que llevarle a un gato montés su perrito! Ya lo tenía localizado en el zoológico de Toluca. No era tan grande. Fue a visitarlo varias veces. Siempre observaba más que nada sus garras y sus dientes. Lo demás, la hermosa piel, los colores, la agilidad no le importaban. Quería ver si su perrito no iba a sufrir mucho. Y este gato tenía las garras largas y muy afiladas igual que los colmillos. Haciendo de tripas el corazón llevó a la Chatis un sábado en la

mañana. Le dio dinero al cuidador para que permitiera introducirla a la jaula. No quiso ver cuando el animal se abalanzó sobre la perrita que primero ladró y después se puso a llorar desesperadamente. Celeste salió corriendo del lugar. Se sentó en su automóvil nuevo, respiró hondo, sonrió y arrancó el auto para regresar a Televisa donde tenía una cita con el productor de la próxima telenovela. En segundos olvidó a su Chatis y al gato montés. Ella ya había cumplido y ahora le tocaba disfrutar el mundo.

Tomás Urtusástegui

Nov 2005